

## 3366 - Piedras de lodo

"Tira una piedra y cierra los ojos. El daño está hecho."  
Esa fue la primera norma que aprendí al llegar.

En un mundo antes tranquilo, alguien inventó una bomba apodada progreso: el móvil y las redes sociales. Nunca esperé que me explotara en la cara. Pasé la adolescencia vadeando entre datos inútiles, sin posibilidad de negarme, ya que, al pasar el tiempo, el cerebro y el metal se conectaron en algún punto alejado de lo consciente. En lo hipnótico y escondido.

Compré la película del cuento de hadas. Filtros rosas. Amor incondicional.

Mientras duraba la garantía, lo conocí. Me acostumbré a disfrutar de él y de su olor.

Perfecto. Enfermizo.

Pasamos las tardes, adheridos a los aparatos, pero juntos.

Tiré la piedra y no tuve que cerrar los ojos, solo ponerme los auriculares junto a él. Perder el resto del mundo y sonreír al ritmo de la misma canción. Porque no había dolor.

Perfecto. Premonitorio.

La cuenta atrás siguió, hasta que el destino apretó el gatillo.

Borde del barranco. Destrucción. Hiroshima en tres latidos. Latidos de emoticono.

Soledad. Conectada.

El daño estaba hecho. Irreparable.

Me quedé sin piedras que tirar, solo quedaron lágrimas saliendo de una cáscara. Lo único que quedaba era cerrar los ojos y ponerme los auriculares. No era nada. Estaba cansada.

Decidí entonces ahogarme en aquello que me lo quitó. Nada importaba.

Mi rostro sin cara se difuminó con el problema. Una de ellos.

Si el anonimato y la putrefacción interior fueran el mejor disfraz, aprendí a amar el carnaval.

Uno triste y sombrío.

Segundo tras segundo, vi cómo estrellas con máscaras venecianas caían, convirtiéndose en mis propios fuegos artificiales. Una macabra festividad de arrepentimiento creciente.

Pero bastaba con ignorarlo.

Nadie me iba a parar.

Nadie.

Vendetta.

Como una veleta:

Perdida en el viento.

Me convertí en lo que más odiaba. En lo que me lo arrebató. Pero, no quise darme cuenta, porque, "si te faltan las piedras para tirar, te inventas otras nuevas. Incluso si vienen del lodo."

Al menos, eso era lo que decían mis padres, entre golpe y golpe. Sin mirar atrás, a los restos de mí. Nunca.

Pero tensé una cuerda que no debí. A oscuras, perdí la memoria y el proceso comenzó a automatizarse.

Jugué a ser Dios; y mientras más todopoderosa me volvía, más se escapaban los restos de bondad entre mis dedos.

Como arena.

Arena que llamaba a los rayos de claridad que cruzaban la pantalla, ganando importancia.

Entonces, dejé de ser capaz de ignorarlo. El remordimiento.

Plantó una idea en mi atrofiada mente, que en seguida se convirtió en acción.

Visité la presa que contenía el fin de mi mundo. Me encontré en el mismo punto que él, en el instante en que no pude hacer nada.

Y todo volvió: Impotencia. Gritos. Frustración. Llantos. Dolor, y un vacío que me impedía estar

triste.

Un agujero negro en la base de mi pecho, tragándose lo poco que encontró a su paso.

Vi las piedras que había tirado sin poder volver a cerrar los ojos.

Me odié.

La realidad me desentumeció y me hizo tambalear, cuán alcohol en las venas.

Balances que me acercaban al final. A mi merecido.

Maldije al mundo, sin pensar, en un desesperado intento de calmar la tempestad que me hacía doler la cabeza.

No lo conseguí.

Así que di el primer paso. El segundo pareció darse solo. El tercero no existió.

Me desvanecí. Me deshice en la música, en la suya, en la nuestra. En las notas que me robaron y las letras que cerraron mis heridas.

Porque las heridas curan, pero las cicatrices se quedan, y duelen.

Solo así volví a sonar por esos auriculares ahora en desuso, en los oídos de fantasmas rotos, de brazos entrelazados y espaldas pegadas.

Adiós.